

Jacqueline Rose

Madres

Un ensayo sobre
la crueldad y el amor

Traducción del inglés
de Carlos Jiménez Arribas

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 98 (Serie Mayor)

Índice

<i>Preámbulo</i>	13
I. CASTIGO SOCIAL	15
Ahora	17
Entonces	51
II. CEGUERA PSÍQUICA	87
Con amor	89
Con odio	125
III. LA AGONÍA Y EL ÉXTASIS	155
Elena Ferrante	157
Vuelta del revés	193
<i>Coda</i>	217
<i>Agradecimientos</i>	219

*Para Lynn Rose
y para Jeanette Stone
con mi amor*

*Hermiona: ¡Bajad la vista, dioses,
y verted las gracias de vuestros sagrados pomos
sobre la cabeza de mi hija!*

WILLIAM SHAKESPEARE, *El cuento de invierno*

*Y supongo que es lo que todos queremos de nuestras madres: que
mantengan el mundo en marcha, y, aunque sea una mentira,
que se comporten como si nunca pudiera acabar.*

HISHAM MATAR, *El regreso*

Oh, Dios. ¿Hay madre todavía después de la muerte?

ALI SMITH, *Autumn*

Preámbulo

El hilo conductor de este libro es sencillo: en la cultura occidental, la maternidad es ese espacio en el que alojamos o, si se quiere, enterramos la realidad de nuestros propios conflictos, de lo que significa ser plenamente humano; es el último chivo expiatorio de nuestros fracasos personales y políticos, de lo que está mal en el mundo, eso que las madres tienen por tarea enmendar, una tarea, como es natural, irrealizable. Así, a la tan conocida reivindicación de que a las madres se les exige mucho, lamento de honda tradición feminista, este libro va a sumar una nueva dimensión, o un interrogante más: ¿qué estamos haciendo —a qué aspectos de nuestras relaciones sociales y de nuestra vida interior les estamos dando la espalda; pero, sobre todo, qué les estamos haciendo a las madres mismas— al cargarlas con lo que más nos cuesta aceptar en nuestra sociedad y en nosotros mismos? Ser madre es, por definición, estar en contacto con los aspectos más difíciles de cualquier vida vivida en plenitud. Porque, además de la pasión y del placer, lo que las madres comparten es un conocimiento íntimo. ¿A santo de qué, pues, han de ser ellas las encargadas de pintarlo todo de color de rosa? Hay una línea argumental que recorre todo el libro, y es que, al hacer que las madres tengan licencia para sufrir todo tipo de crueldades, nos estamos tapando los ojos ante las injusticias que nos rodean y estamos cerrando las puertas de nuestros corazones. Una de dos: o reconocemos qué es exactamente lo que les estamos pidiendo a las madres que hagan en el mundo —y por el mundo—, o seguiremos destrozando el mundo y a las propias madres.

I

CASTIGO SOCIAL

Ahora

Un titular del periódico *The Sun* del día 12 de octubre de 2016 rezaba: «De aquí a la maternidad». Según este artículo, que ocupaba media portada, un total de novecientas embarazadas habían hecho «turismo sanitario» el año anterior en un hospital de la Seguridad Social británica, con un coste para el contribuyente que rondaba los cuatro millones de libras esterlinas si se sumaban todos los gastos no abonados. Citaba fuentes oficiales sin identificar, según las cuales los partos de las «mamá» que no eran ciudadanas de la Unión Europea representaban una quinta parte de todos los nacimientos habidos en el hospital St. George de Tooting, en la zona sur de Londres. Tal y como pudo leer todo el país en aquel artículo, el hospital había sido «invadido» y se había convertido en «blanco fácil» para «amañadores en Nigeria» que cobraban a las mujeres por hacer uso de la Seguridad Social británica. El editorial del periódico, titulado «Un coste muy poco saludable», calificaba el «escándalo» como «estomagante» (y hay que pensar que el juego de palabras con los términos «poco saludable» y «estomagante» era intencionado) y ponía el grito en el cielo por los 2.000 millones de libras esterlinas que se «despilfarraban» cada año en «turistas extranjeros que no tienen derecho a recibir tratamientos gratuitos en la Seguridad Social británica».

El hospital había pensado responder a la crisis pidiendo que las pacientes ingresadas en la maternidad acreditaran su identidad o demostraran que eran refugiadas. Como ilustración, el artículo incluía una fotografía de Bimbo Ayelabola,

una nigeriana que había dado a luz a quintillizos mediante cesárea en el Hospital Universitario de Homerton en 2011, con un coste para la Seguridad Social británica de «200.000 libras esterlinas». Aunque ahí quedaba lo de «amañadores en Nigeria», la imagen de Ayelabola, con los quintillizos en brazos, la habían elegido con toda la intención para reincidir en ese estereotipo tan viejo como el mundo según el cual los negros y los pobres no hacen más que procrear de manera irresponsable. *The Sun* escribió que la había abandonado su marido, un nigeriano rico, y que todo apuntaba a que la mujer seguía viviendo en el Reino Unido con sus hijos, aprovechándose, sin duda, de unos beneficios a los que, según se hacía ver de manera implícita, no tenía derecho. Así pues, el mensaje subliminal —o quizá no tanto— del artículo era: que echen a esa madre (les faltó decir que había que salir en su busca y captura). Según el editorial, si bien los sindicatos médicos protestan cada vez que sus afiliados tienen que hacer de «agentes de aduanas», la Seguridad Social británica tiene un «ejército» de funcionarios que tendrían que ser más estrictos con el cumplimiento de la normativa. Al parecer, haría falta una respuesta militar para vérselas con la zafia negligencia de las madres extranjeras, una amenaza en toda regla a los valores del país y a sus recursos también. En la edición *on-line* del periódico (del 12 de octubre de 2016), retitularon el artículo «Envidan y van de farol», como si estas mujeres ni siquiera estuvieran embarazadas.

¿Por qué odian tanto a estas madres? ¿Por qué suele señalarse a las madres como las responsables de los males del mundo, del desgarramiento en el tejido social, de la amenaza al estado de bienestar y al sistema de salud del país —desde la crisis en la financiación de la Seguridad Social británica hasta el flujo creciente de extranjeros en nuestras costas—? ¿Por qué se ve a las madres como la causa de todo lo malo que tenemos? Vivimos en un mundo cada vez más fortificado, en el que los muros, de hormigón y también imaginarios, se erigen en las líneas

divisorias entre los distintos países y fomentan las distinciones entre unos pueblos y otros. En los Estados Unidos y en Europa, llegan de todas partes voces estridentes que nos dicen, cada vez con más insistencia, que la mayor obligación ética que tenemos es la de consolidar las fronteras nacionales y las personales también. Es el caldo de cultivo ideal para censurar a las madres, para marcarlas con el estigma de ser las únicas responsables de un porvenir que se nos antoja imposible, porque no podemos cargarlas con la responsabilidad de asegurar la pervivencia del futuro y, a la vez, acusarlas de poner dicho futuro en peligro.

La virulencia con la que marcaron a las madres con este estigma no fue exclusiva de *The Sun*. Unos meses más tarde, en enero de 2017, el *Daily Mail* apareció con el siguiente titular en portada: «Una turista se gasta 350.000 libras esterlinas en una operación... ¡que tú pagas!». Hacía referencia a otra madre nigeriana que había venido al Reino Unido a dar a luz a expensas de la Seguridad Social británica, y que tuvo, en su caso, mellizos. En las páginas interiores del periódico aparecía de nuevo la foto de Ayelabola con sus cinco bebés: «¿No habíamos caído en este engaño ya antes?». La cifra, 350.000 libras, tiene todo el aspecto de haber sido elegida adrede; pues recuerda a los 350 millones de libras esterlinas a la semana que los promotores del *brexit* aseguraron que volverían a las arcas de la Seguridad Social. Pero esto era falso, y parece que la promesa la hayan roto estas mismas madres. *The Sun* y el *Daily Mail* son los periódicos más conservadores del país, pero su retórica tiene un efecto más amplio. Según informes de organizaciones de caridad de todo el Reino Unido, hubo cientos de mujeres extranjeras embarazadas que se saltaron los cuidados de asistencia prenatal porque tenían miedo a que las denunciaran al Ministerio del Interior, o a tener que afrontar costosas facturas. Y hasta ha habido una fundación hospitalaria de la Seguridad Social británica que ha estado mandando cartas a mujeres cuya

solicitud de asilo presentaba alguna complejidad; cartas en las que las informaban de que se cancelaría la asistencia prenatal o natal si no aportaban una tarjeta de crédito para cubrir aquellas facturas que superasen las 5.000 libras¹. Merece la pena destacar también que, de manera infundada y sin pedir perdón por ello, *The Sun* y el *Daily Mail* no tuvieron reparo alguno en lanzar semejante andanada contra unas madres que estaban a punto de dar a luz, o incluso en pleno parto, eso que suelen hacer las madres para que se las considere como tales, huelga decir. Y es que veremos que atormentar a las madres es casi una forma de pasatiempo en el llamado mundo civilizado.

«De aquí a la maternidad» remite a una película de Fred Zinnemann de 1953, *De aquí a la eternidad*, palabras que han pasado al habla común en el mundo angloparlante cuando se designa un amor que sigue al objeto de su deseo hasta el fin del mundo, incluso aunque el precio sea la muerte. Y el juego de palabras entre «eternidad» y «maternidad» que sugiere la portada de *The Sun* implica que, si no se toman medidas drásticas, no nos quitaremos jamás de encima esta lacra ni a estas madres. La película está ambientada en los días previos al ataque a Pearl Harbor. Montgomery Clift interpreta a un boxeador que se niega a pelear contra sus compañeros del Ejército y que prefiere tocar la corneta; sufre un trato cruel a manos de su capitán, y al final muere en el ataque aéreo japonés. Hay un sargento (Burt Lancaster) que se hace amigo del personaje que interpreta Clift, y que tiene un romance con la mujer del capitán (Deborah Kerr). Es una película, por tanto, con todos los ingredientes que sazonan una conversación de bar entre hombres que denigran a las mujeres, con un toque de pasión heterosexual. Pero hay un lado oscuro que afecta a las madres. Porque, en la novela en la que se basa la película, la mujer del capitán tiene

¹ Amelia Gentleman, «Fear of bills and Home Office keeping pregnant migrants away from NHS», *The Guardian*, 20 de marzo de 2017.

que hacerse una histerectomía por culpa de su marido infiel, que le contagia la gonorrea. Para pasar el filtro de la productora y sus estrictos códigos morales, en la película, lo que sufre la mujer del capitán es un aborto espontáneo (no podía hacerse alusión a una enfermedad venérea). El marido sigue siendo un mujeriego en la película, pero es el cuerpo de la mujer lo que le ha fallado y la ha privado de la posibilidad de ser madre. El hecho de que, en condiciones bélicas, la mayor libertad sexual por parte de los hombres implicara un peligro para las futuras madres no podía aparecer ni siquiera insinuado en una película que fomenta abiertamente el culto a la masculinidad en el Ejército —ahí la maternidad es un mero aparte, como el goteo irritante que pueda producir un grifo mal cerrado—. En la película, las madres aparecen enfocadas y desenfocadas, sobre todo esto último, pues aquella bebe de los mismos impulsos degradantes que el artículo de *The Sun*, aunque esté anclada en el extremo opuesto del espectro. Y me atrevo a apuntar que nos hallamos ante una pauta muy común: en la cultura occidental de nuestros días, las madres son casi siempre objeto o bien de demasiada atención, o no de la suficiente.

The Sun centró su objetivo en las madres extranjeras en un momento en el que la imagen de niños sin madre que no tenían ni asistencia ni sustento copaba las noticias. La Jungla de Calais, tal y como se la llegó a conocer, contaba entre sus pobladores con menores de edad que no iban acompañados por ningún adulto y que esperaban a que el Gobierno británico completara el proceso de autorización de entrada en el país de aquellos que cumplían los requisitos. Se estima que había en toda Europa unos 85.000 niños y jóvenes dejados de la mano de Dios desde que empezó la crisis en 2015; y que, aproximadamente, unos mil vivían en Calais totalmente «asilvestrados»: las tiendas podían llegar a albergar hasta a dieciocho niños o adolescentes, no había colchones, ni calefacción, ni mantas. Algunos murieron cuando intentaban alcanzar la libertad en

el Reino Unido o bien sujetos a los bajos de los vehículos, o escondidos en camiones frigoríficos, o cuando se echaban encima de los coches que —pensaban ellos— podrían llevarlos a Gran Bretaña. Se invocó más de una vez el *Kindertransport* que salvó a niños judíos alemanes del genocidio nazi al trasladarlos a Inglaterra; sin embargo, el proceso de admisión de los niños migrantes varados en Calais fue muy lento, debido a las constantes evasivas del Gobierno conservador británico. En febrero de 2017, el Gobierno canceló el acuerdo que había alcanzado para realojar a tres mil niños refugiados. Hasta ese momento, solo habían entrado trescientos cincuenta (una cifra que se revisó al alza con posterioridad, hasta alcanzar los cuatrocientos ochenta, si bien en julio de 2017 pudo constatarse que no había entrado en el Reino Unido ningún menor no acompañado desde el inicio de ese mismo año)².

La crisis migratoria de estos últimos años no es algo que atañe exclusivamente a Europa, en absoluto. Pero la debacle de Calais tiene una resonancia especial y demuestra lo inhumanos que se han vuelto nuestros tiempos. A lo largo de la historia, en momentos de tribulación, lo de «las mujeres y los niños primero» ha sido una práctica bastante extendida. No obstante, una cosa es declararlo como principio, y otra, bien distinta, actuar en consecuencia y dejar pasar a nuestro país a seres humanos frágiles y vulnerables cuya sola presencia proclamaría a los cuatro vientos lo absurdo e inhumano que es salvarnos nosotros a costa de todos los demás. En 2016, cuando surgieron las diferencias entre Francia y el Reino Unido sobre cómo resolver la crisis, Bernard Cazeneuve, entonces ministro

² Amelia Gentleman, Lisa O'Carroll, «Home Office stops transfer of Calais child refugees to UK», *The Guardian*, 10 de diciembre de 2016; Diane Taylor, «UK turns back hundreds of refugees», *The Guardian*, 17 de diciembre de 2017; Alan Travis, «PM accused of closing doors on child refugees», *The Guardian*, 9 de febrero de 2017.

del Interior francés, comentó: «Lo cierto es que ninguno de los dos Gobiernos ha optado por dejar a la intemperie a personas con derecho a asilo. Eso desde luego; pero, sobre todo, nunca a mujeres y niños». Las acciones llevadas a cabo por ambos Gobiernos venían a decir justo lo contrario. Al parecer, el señor ministro tampoco cayó en la cuenta de que era contradictorio pedirle al Reino Unido un gesto humanitario mientras se insistía en que, a la larga, las fronteras debían seguir siendo «impenetrables»³.

¿Dónde están las madres de estos niños? Porque detrás de todos y cada uno de ellos está la historia de sus madres, que espera a ser contada, pero que a duras penas si recibe mención alguna. En la mayor parte de los casos, las madres no salen en la foto. Como si la pérdida de una madre, que tan a menudo constituye razón y condición previa a la suerte de estos niños, fuese el verdadero tormento insoportable, un testimonio de la crueldad del mundo contemporáneo demasiado flagrante y, por lo tanto, imposible de contemplar (porque algunas de estas madres habrán muerto). Había un chico de dieciséis años en el campo de acogida, huido de la guerra de Sudán, que llevaba dos años sin hablar con su madre, quien no sabía si estaba vivo o muerto⁴. Un chico de trece años se refería a sí mismo tan solo por el orden de nacimiento: «El primero de mamá»⁵. Y, al ser evacuado del campo de Calais después de su desmantelamiento, Samir, de diecisiete años, murió de un paro cardíaco en enero de 2017, en el centro de recepción de menores de

³ Bernard Cazeneuve, «The UK must fulfil its moral duty to Calais' unaccompanied children», *The Guardian*, 17 de octubre de 2016.

⁴ Liza O'Carroll, «Teenagers' stories», *The Guardian*, 28 de octubre de 2016.

⁵ Comunicación personal de Sue Clayton, directora de documentales de cine independiente, ganadora de varios premios, que lanzó en junio de 2017, mediante financiación popular, la película *Calais Children: A Case to Answer* (ITV y las noticias del Channel 4 británico mostraron partes del documental).

Taizé, en el departamento francés de Saona y Loira, al poco de serle denegada la solicitud de entrada al Reino Unido para reunirse con su hermano (ha habido otros: treinta solicitantes de asilo quedaron enterrados en el cementerio de Calais, en tumbas anónimas, la mayoría de ellos). Su madre no pudo viajar para asistir al funeral y pidió que no se facilitara el nombre completo de su hijo, por miedo a represalias contra la familia por parte de las autoridades sudanesas⁶.

Estas madres ausentes, desaparecidas, son la otra cara de la moneda de las embarazadas que hacen «turismo de maternidad» y que conocieron el azote de *The Sun*. A las madres, pues, se las pasa por alto o se las anatematiza; pero es la migración y sus miserias la verdadera historia que subyace en ambos casos. A su vez, está el clásico del imaginario maternal, la sufrida maternidad, la madre a la que le han arrebatado al hijo: está Níobe, que se lamenta por el asesinato de sus catorce hijos a manos de los dioses celosos; y está la Pietà, la Virgen María, en su duelo por el Cristo muerto, dos de los ejemplos más conocidos. Eso sí, la madre tiene que ser noble y estar inmersa en una agonía redentora, tiene que mostrar el sufrimiento del mundo grabado a fuego en la cara, y llevar a cuestas la pesada carga de la desgracia humana, la cual aplaca en nombre de todos nosotros, si bien lo que el dolor de las madres no debe mostrar nunca es la cruda injusticia del mundo en el caos que lo gobierna.

El recurso a la agonía de las madres como excusa perfecta para no tomar conciencia de la responsabilidad que tenemos los seres humanos en las cosas del mundo goza de larga tra-

⁶ Diane Taylor, «Samir, 17, thought he was finally about to reach the UK. Now he's dead», *The Guardian*, 19 de enero de 2017.

dición. El lamento de una madre ha sido y sigue siendo sello inconfundible de las llamadas «catástrofes naturales», como los terremotos. En esas imágenes no se hace a las madres responsables, a diferencia del caso de Bimbo Ayelabola. No obstante, hay cierta relación, pues se explota su desgracia y son expuestas a la vista de todos para que otros salgan ilesos, como los constructores de edificios que se vienen abajo, o los urbanistas que no dudan en meter a toda la gente que pueden en un espacio reducido con tal de ahorrar costes. Por esa razón, Bertolt Brecht no vio con buenos ojos el despliegue de fotografías en las portadas de los periódicos después del terremoto de Tokio y Yokohama, en 1923, en el que se estima que murieron 140.000 personas, porque estaba lleno de imágenes que recordaban a la figura de Níobe. Él creía que, en vez de eso, la única respuesta política realmente a la altura de tamaño catástrofe sería una única fotografía que mostrase las pocas edificaciones sólidas que se mantuvieron en pie, rodeadas de escombros, y con el siguiente titular: «El acero aguantó» (solo habían sobrevivido los edificios construidos como Dios manda)⁷. En los terremotos, siempre caen primero los pobres, víctimas de constructores y arrendadores sin escrúpulos. Y no solo en los terremotos, como demuestran otras catástrofes: la trágica oleada de huracanes que ha asolado Norteamérica (Nueva Orleans en agosto de 2005, Haití en septiembre de 2008 y octubre de 2016, y Houston en agosto de 2017) o el incendio que arrasó la Grenfell Tower de Londres en junio de 2017. Lo que venía a decir Brecht era que si uno se quedaba mirando las estructuras de acero no se echaría a llorar, sino que eso lo haría pensar. Y después, con un poco de suerte, se pondría a actuar, organizar y exigir reparación.

⁷ Bertolt Brecht, «Appendix A: Writing the Truth: Five Difficulties», texto publicado por Enrique Tierno Galván en noviembre de 1963 en el *Boletín del Seminario de Derecho Político* de la Universidad de Salamanca.